

Catarsis

Autores

Maryan Yurgaky @maryanyurgakyoficial • Ana María Solarte @anasol_arte
Vito Giancarlo Sandoval @vitogiancarlo • Gabriela Pabón Vergara @gabrielapabonvergara
Mónica Carabalí Riascos • Sebastián Escobar Cardona @escobarcardonasebastian
Ana María Rivas Alzate @amralzate • Laura Lucía Cifuentes • Natalia Pérez

Edición

Laura Lucía Cifuentes • Natalia Pérez

El silencio nocturno imperaba por toda la casa, una fuerte brisa soplaba entre las cortinas, mi corazón palpitante y mi cuerpo sudoroso extasiado por el rastro de sangre que observaban mis ojos, me incitaban a continuar con la masacre.

Arrastré uno de los cuerpos desfigurados en medio del largo y claroscuro pasillo que conectaba con el bosque, el lamento de una chica que venía desde una oscura habitación, llamó mi atención. La voz demoníaca que atormentaba mi mente se intensificaba, mi boca sedienta de sangre y mis impulsos más turbios me obligaban a tomar el hacha e ir en busca de mi siguiente víctima.

Entre pasos llenos de ecos en el pasillo, ya no era una sola voz, ni dos, sino miles las que hablaban al mismo tiempo. Sentía como las manos de la locura tocaban mi piel sudorosa y palpitante por violar y matar a aquella mujer escondida. Pero también, sentí como el dulce pasado trataba de arrastrarme y dejar de lado la locura que yace en mí... El amor de los abrazos de mi madre, sus caricias, sus besos, sus deseos, sus ganas de ser sólo de ella.

En el pasillo, envuelto entre pensamientos, entre disputas internas, una puerta se abre y aquella mujer sale corriendo. Huye intentando librarse de mi captura, sin saber que solo aumenta mis ansias por sentir el puñal atravesar su cuerpo, penetrar cada capa de su piel, ver su sangre derramada y su vida escapar de sus ojos. Quiero convertirme en su último recuerdo y ser quien arrebate su último aliento, y ser, quien arrebate su último aliento... La sigo dispuesto a cumplir mi cometido y a empezar ese juego de: "tu escapas y yo te sigo", donde el ganador será solo uno.

Los gritos y sollozos se escucharon como sordos lamentos de angustia y desesperación, y aunque corría ágilmente, la entorpecía el miedo, y eso me excitaba. Ella era una gacela herida y yo su depredador.

Seguía sus pasos exhaustos, con el deseo de tenerla en mi poder, hasta que finalmente se rindió y logré tenerla en mis brazos; estábamos adentrándonos al bosque, así que la llevé como tributo a todo lo que atormentaba mi cabeza. Aquella medianoche, de repente, ya no escuchaba esa voz

demoníaca que provocaba mis impulsos más turbios, aun así, sentía algo dentro de mí que me pedía cumplir mi propósito: terminar con la última víctima de mi gran noche. Mientras acercaba mi puñal a su corazón, las voces calladas dentro de lo profundo de mi razón empezaron a condensarse y explotaron al cumplirse la condición: las pupilas dilatadas de mi última víctima reflejaban una desesperación primitiva, como la de mi madre, que solía abrazarme, besarme, y que, además, me compartía con otra gente; almas putrefactas que invadían mi cuerpo con miradas y caricias lascivas, nocivas y más adelante, repulsivas.

Cuando los ojos de mi víctima empezaron a perder el brillo de la vida, salí del trance en el que me perdí al recordar a la causante de mi impulso homicida. Así como mi madre, que murió con un arma cortopunzante clavada en su corazón, quizá, al llenar el vacío de su órgano palpitante, la que alguna vez fue la mirada más brillante y radiante, regresaría, pero por algún motivo, lentamente sus ojos comenzaron a cerrarse, y aunque un par de veces lucharon por mantenerse despiertos, permanecían despojados de cualquier esperanza de vida.

Había arruinado sus ojos llenos de miedo, su piel ya no sentía nada, ella ya no estaba aquí. Mi locura regresó, se tornó más intensa, las voces de mi mente se despertaron. El placer de la cacería había cesado y quedaba una sensación vacía e iracunda desde el fondo de mi ser. Tomé sus manos, las besé, toqué, acaricé, a la luz de la luna en el denso bosque, levanté sus uñas, arranqué algunos dedos, me vestí con su ropa y me apropié de su cabello. ¡Tú eres la muerta, eres tú! repetían sin cesar cientos de voces al mismo tiempo, el bosque se llenó de neblina, de frío, y la luna escondió su rostro.

Todos los cadáveres que le había entregado no fueron suficientes, pero este, este especialmente, la entristeció y se marchó. ¡Oh, luna mía, tan inalcanzable, tan resplandeciente, dueña de la noche y de mis pesares, testigo de mis pecados y de mis males! Tomaré este cuerpo vacío y adentraré mi alma en él, deseando ser un monstruo peor de lo que ya soy: una hermosa mujer.

